

Carlos Blanco Fadol



LA SONRISA OCULTA DE LA MÚSICA

*Episodios fascinantes
de un músico singular*



El artista empírico

Hay sabidurías obtusas, frías, cerradas sobre sí mismas, definidas y hasta definitivas. Pero también las hay que nacen ya empáticas, cálidas, inacabadas, expresivas y hasta pegadizas. Te quedas con ellas, o mejor, ellas se quedan contigo.

Mi hermano Carlos Blanco Fadol luce una sabiduría no de gabinete ni de laboratorio, sino de descampado salvaje. Te la tropiezas, en esas tardes de deriva, en que andas por dónde ni sabes en que lado estás del improvisado deambule. Su saber tiene la resistencia del bambú o la caña. A primera vista es frágil, pero se crece y vigoriza aguantando, cediendo y sorteando cuanta adversidad se le enfrente.

Es pues Carlos un artista elástico en grado sumo. Su inteligencia no es enciclopédica —por más que haya concebido y redactado una enciclopedia sublime— sino exuberantemente multiforme y preñada de destellos y rasgos inventivos sorprendentemente subjuntivos.

Y digo ‘subjuntivo’, pues su modo de vivir y hablar rehúye —si puede— del obsesivo presente indicativo en que viven los humanos con los que uno se tropieza.

Y ¿por qué digo esto?, porque ¿quién conoce a un ‘inmigrante’ que llega a nuestras tierras, con una carga de orfandad, sólo, con una mano delante y otra atrás, y sorprendentemente, unos años más adelante es —entre otros maravillosos reconocimientos— nominado ¡por dos veces! al premio Príncipe de Asturias?

Solo un ser armado de modos sonoro/musicales que se funden y conforman como “fuerzas biológicas”, puede razonablemente pasar del estado de marginación al que su condición de inmigrante podría condenarle, a un estatus de distinción tan eminente como lo traduce el hecho de ser postulado a un premio tal.

Y cuando digo ‘fuerzas biológicas’, hago alusión al sonar como una espoleta corporal que es capaz de adquirir habilidades, movimientos, sugerencias y hasta estrategias que elevan y brillan por sobre lo normal.

Por lo general, las “fuerzas biológicas”, nunca están solas, van acompañadas de actitudes apropiadamente subjuntivas y por ello al artista que Carlos es, convence y hace camino, sea sonando directamente para generar, sin apenas inmutarse, situaciones de emergencias y obscuridades, consiguiendo amistades y voluntades que le facilitan y hasta permiten seguir, engrandecer y postular metas más y más ambiciosas.

No olvidemos que ser inmigrante y tener a mano la varita mágica bien activa, no es casual ni pasajero o caduco: es un estado existencial, y ello por más que se esté aceptado e integrado, como es el caso de nuestro artista Carlos Blanco Fadol.

Pero, ¿cuándo y cómo llegó a mí este curioso y viajero personaje? Dos son las contestaciones. La primera es esa en que lo empático llama a lo semejante, y la tomo de Agustín de Hipona quien hablaba -algo obscuro- de que “No te buscaría de no haberte encontrado”. Y que yo leo como un llamarse entre sí de las almas que se sienten semejantes y tienden a encontrarse y mezclarse. Así, Carlos y yo, apenas nos encontramos, sentimos que nuestro

carácter resonaba por lo mucho de armónico y hasta fraterno que nos empujaba a fertilizarnos el uno al otro.

Es la segunda, más cercana, la que habla que como Carlos, en su curiosidad insaciable, se tropezó, allá por los iniciales años 80, en el Barrio del Carmen de Valencia, con la librería “Cap i Cúa” que regentaba mi hermano Ferrán, y fue él quien, al saber, o adivinar, del atractivo por lo musical, le habló de mi música, de mi campanario portátil, de mi canto diafónico, o de las campanas que me dan la vida. Y fue así como Blanco Fadol se acercó a mi casa/barco de la madrileña calle Mesón de Paredes.

A partir de ahí, yo frecuenté su casa de campo de Busot, Alicante, así como en la inauguración de su primer museo de instrumentos del ancho mundo, ubicado en el Centro Internacional de la Música de UNESCO, en Altea.

Su infinita colección de gongs y demás objetos sonadores, pronto nos empujó a sonar juntos, y a planear un dúo de músicas de improvisaciones e instantáneos cruces y contoneos entre sus habilidades sónicas y las mías, entre sus melodías y mis contrapuntos, todo en un sonar bien étnico, grácil y poético. Es así como, fertilizados el uno con el otro, nos nació un dúo, que dada nuestra empática felicidad, pronto dimos en denominar a nuestro recién parido, gozosa y pomposamente, el “Dúo-Deno”.

Claro que no todo fue tan simple, pues apenas comenzamos a sonar entremezclando mis campanas con sus gongs y su litófono, conformado de piedras cuidadosamente ‘temperadas’ como corresponde a un músico puntilloso y de oído bien educado y fino.

Y fue en ese punto dónde nuestra empatía que parecía bien entrelazada, comenzó a resquebrazarse, pues yo, hijo del bárbaro sonar de los bronce latinos y mediterráneos, en los que eso del ‘afine’ no nos acaba de embelesar, pues, como todos los que vivimos entre los badajos de las alturas, preferimos un sonar campanero no afinado, un bronco son que es fruto de una doble serie

de armónicos, en connivencia desigual y de choque sonoro en racimo. Es más, dejamos para otros, nortños, sajones, calvinistas y teutones eso del sonar temperado y exacto, cual reloj de puntualidades otras.

Y ahí fue Troya, pues tras intentarlo en bien esforzados 'ensayos', el finalmente terrenal Dúo-Deno, entró con palabras graves y mucha cháchara musicológica, para poder aclarar las cosas esas de un sonar no tan a la par como inicialmente parecía.

Para ser serios y sacar la bandera blanca, que tradujera y confirmara la paz, ayudó el hecho de que Carlos se sacó de la manga un as muy contundente, a saber: una pizza en su horno de piedra, de pasta tan gorda como blanda que sólo en su natal Uruguay vive, y hasta conserva, la esencia romana de siglos atrás.

De resultas de este tropiezo, algo quedó latiendo en el alma succionadora y comprehensiva de un hombre abierto y al extremo universal como Carlos, y aunque la distancia, los años y los decenios han dificultado nuestros envites y simposiums, la semilla de nuestro encuentro/desencuentro quedó viva en nuestra alma de modo tal que, hoy en día, la colección de sus ingeniosos inventos instrumentales se ha visto enriquecida con un instrumento singular, que reúne en sí la virtuosa y pitagórica matemática del micro y macrocosmos, haciendo sonar 18 gongs cromáticos de Tailandia, a través del agua. Pero a su vez - siguiendo la filosofía barberiana que apela a la afinación no convencional- el omnisciente genio de Carlos, le adapta a su instrumento un sistema capaz de producir sonidos aleatorios, esto es sonidos/color que no obedecen armonía concreta alguna y por ende el resultante es, vía semejanza, entre fraternidades y colores acampanados.

El tal extravagante artilugio sónico, hijo de un lutier que todo lo que sueña lo hace realidad luminosa, lo ha denominado generosamente, ¡BARBERÓFONO!

Me lamentaba, arriba de que no nos hemos visitado tanto como nos hubiera gustado, pues nuestro vivir a salto de viaje, proyecto y encerrona de escrituras y publicaciones nos lo complica todo, pero bien podría haber escrito lo contrario, pues mirando atrás con perspectiva contemplo una cadena de encuentros, siempre curiosos y alegres, bien sea en mi piso/barco de la calle Mesón de Paredes, (frente a la centenaria taberna “Antonio Sánchez”), y en dónde entre charlas y fugitivos ejemplos sónicos Carlos se vestía – más bien, disfrazaba -- de etiqueta, para alguno de sus compromisos apremiantes con embajadores de lejanos países, se preparaba para algún concierto en el Círculo de Bellas

Artes dentro del ciclo Paralelo Madrid-Otras Músicas, o descansaba ante la inminencia de vuelos a mundos de riesgoso ensueño.

Por otro lado, recuerdo a Carlos llegar – en el último momento- a nuestra finca del Campello (entre Aielo, Mogente y Vallada); bien sea a mi boda con la etnomusicóloga y cantante Montserrat Palacios, o poco más allá, al ‘bautizo’ de nuestro primer vástago, eso sí con su coche cargado con una cuna de caña y bambú bien afinada, pues era toda ella una sutil orquesta de percusión y aflautados sonos para dormirle o despertarle con nanas de ángeles sin alas.

Claro que dónde su entusiasmo encontraba pedestal era en los grandes acontecimientos como aquella locura que denominamos “Gran Vía” en la murciana urbe en dónde Carlos tuvo que coordinar, cronómetro y partitura en mano, a los bien entrenados tambores de Hellín, tan nervioso como todos nosotros, de haber inventado y ‘ensayado’ tan excelsa y turbadora celebración en que, solo de intervinientes, éramos ya más de 500, entre coros, y vehículos a motor preñados de músicos que nos deslizábamos por esa ‘gran vía’, entre truenos y multitudes...

Nunca Carlos faltó a nada esencial. Su radiante saber siempre dispuesto, estuvo mil veces cerca, y, en un viejo país como esta España nuestra, algo remiso a entrar en globalidades sonoras, su bagaje de “world music” nos enriqueció a todos, dándonos marchamo de cosmópolis a cuantos teníamos el placer de acercarnos a un quijote del sonar, que lo vive o lo narra con la soltura y la sonrisa de lo cotidiano y vecino.

Mil gracias, hermano Carlos por tu obra, por hacer de la música una aptitud de vida arrebatadora, donde se entremezcla la música con la seducción, el empirismo con la peripecia, la invención con el humor, y por lograr encandilar con palabras nómadas en “La sonrisa oculta de la música”.

Llorenç Barber*¹

¹ *Llorenç Barber es un músico, compositor, teórico, y artista sonoro español de gran relevancia internacional. Es introductor del minimalismo musical en España y creador de la música plurifocal (“conciertos de ciudad”, “naumaquias”, “conciertos de los sentidos”, etc.), como así de numerosas creaciones en torno al arte sonoro.*

Introducción

Partí de Uruguay apenas superada la mayoría de edad. Buscaba, en la universidad de los caminos, otras huellas de sabiduría que me llevaran hasta la utopía que soñaba, sin saber con certeza en qué consistía. No obstante, compensaba ir a su encuentro viajando por la vida, porque desconociéndola, guardaba la esperanza de encontrarla en donde menos la podía esperar. Probablemente, eran solo excusas para curar unas dolorosas heridas del alma, que mejoraban con cada kilómetro recorrido. Tuve que deambular por los cinco continentes para sanarlas. Provisto de una libertad plena, los caminos surgían plagados de vicisitudes que, confabuladas con mis aptitudes musicales, me llevaron más lejos de lo que jamás podría imaginar.

Si algo debo agradecer a la vida es el haber conocido a todos los grupos humanos que conforman este mundo: desde el mendigo del puente hasta la princesa en su castillo; desde los indígenas amazónicos hasta presidentes y embajadores; desde delincuentes peligrosos hasta humanistas filántropos y candidatos al Nobel de la Paz. También he experimentado lo dulce y amargo de la ruta de un caminante: recibí premios internacionales por mi obra y dos candidaturas a los Premios Príncipe de Asturias y sufrí un

atentado en el Amazonas por apoyar a los pueblos indígenas y denunciar la tala indiscriminada de árboles de la selva; disfruté de la satisfacción por haber creado el primer museo de música étnica, y padecí en 1969 en la cárcel Modelo, una de las prisiones más siniestras de la dictadura panameña.² De todas estas vivencias reales, he sacado mis propias conclusiones sobre la vida y las actitudes humanas. Una de ellas confirma mi convicción de que los seres humanos, sin importar su procedencia, raza o cultura, tienen deseos similares, miedos iguales, inquietudes compartidas... y, como consecuencia de ello, soy consciente de que estos capítulos llegarán a su destino donde sea que se lean.

Desempolvo así el baúl de mis vivencias por los caminos del mundo, y lo ofrezco humildemente para todos vosotros a través de *La sonrisa oculta de la música*.

² Sobre esta dura experiencia versará mi próximo libro, con el título de *Y qué más da... si mañana nos vamos*, dedicado a todos aquellos inocentes que han sufrido, sufren o sufrirán condena en las cárceles del mundo.

Una madre singular

Paysandú, Uruguay, 1952

Sara Fadol fue un animal escénico. Extravagante y genial, se marchó muy joven de este mundo, aunque marcó mi filosofía vital y artística. Mi madre llevaba en las venas, hasta el paroxismo, un arte indómito, provocador e intuitivo. A pesar de ello, no pudo desarrollar en buena medida su talento porque a mediados del siglo xx la sociedad pautaba unos deberes que limitaban a la mujer casada y con hijos. Esto la llevó a abandonar su imaginario baúl itinerante de bohemia artística en aras de la familia. Sin embargo, a través de intervenciones puntuales, donde el arte se agazapaba tras una personalidad rebelde y sensible, lograba recuperar la esencia de su baúl perdido.

En una ocasión, contando con la complicidad de su exótica belleza —heredada de unos padres libaneses—, salió a la calle disfrazada de gitana, dispuesta a adivinar la suerte a los transeúntes. Con la mano en la cadera, el andar jacarandoso y sin que nadie la reconociera, iba soltando a su paso destellos de oro desde los bajos de la larga falda y guiños de diamante de su sagaz sonrisa. La tarde estival la descubrió resguardada del sol de enero bajo los

frondosos árboles de la plaza Constitución de la ciudad de Paysandú, rodeada de personas supersticiosas que, encandiladas por su verborrea, aguardaban impacientes los «designios de la providencia». Tras descargar la fiebre artística que la oprimía, volvió a casa provista de anillos, pulseras y dinero negociados al otorgar la «buena ventura». La desesperación de mi padre, conocido y respetado en la ciudad de Paysandú, se hizo notar al reclamarle con urgencia que devolviera lo obtenido. Pero ella, que tenía todo previsto, al día siguiente derivó el producto de su escenificación a la beneficencia, y alegó la imposibilidad de reencontrar a cada una de sus «víctimas».

Cuando me convertí en adulto, recién llegué a comprender el trasfondo de la actitud de aquella mujer singular. Durante mi niñez, me consideraba feliz al ser hijo de una madre que «jugaba todo el día», pero entre las bambalinas de su vena comediente rugía el teatro en toda su extensión. Era un fascinante parque de atracciones para mis amigos de infancia. Se paseaba por la casa buscando la sorpresa o la provocación. Cualquier excusa, como teatralizar la letra de alguna canción que sonaba en la radio, era suficiente para introducirnos en un mundo de fantasía y transformarnos en pequeños actores que se desternillaban de risa con el ingenio de sus improvisadas obras.

Como consecuencia de mi predilección por hacer amistad con niños pobres de la calle, entre los cuales había un chico negro, a Sara se le ocurrió organizar para ellos meriendas diarias en nuestra casa. Mostraba un gran rechazo ante las actitudes racistas, como la de una conocida suya que manifestaba su oposición a que su hija, de mayor, tuviese un novio negro. Un día, esa mujer la visitó durante la merienda y quedó sorprendida al contemplar el improvisado comedor. Sin dejar de atender a los niños, mi madre la saludó con simpatía. En un determinado momento, besó la cabecita del niño negro, que estaba dando buena cuenta de un

cruasán, alabó su belleza y expresó su ilusión porque él y mi hermana llegasen a enamorarse en el futuro. La mujer, exhibiendo sus ínfulas racistas, que en la década de los años cincuenta del siglo pasado eran más contundentes, se retiró escandalizada sabiendo que mi madre hablaba desde el corazón.

Por aquellos tiempos, el sombrero era el elemento masculino por excelencia. La hidalguía de su presencia y calidad eran motivo de orgullo y estatus para los hombres. Cuando dicho atuendo se transformaba en el portador de galantes reverencias hacia las damas, exhibiendo una acentuada diferencia entre sexos, Sara rechazaba tal galantería al considerarla un camuflaje de expresión machista. Este sería el sustrato de una inolvidable «intervención artística» que protagonizaría durante la Nochevieja de 1952.

La casa familiar bullía con los preparativos para la fiesta que iban a dar mis padres a todos sus amigos. En la sala central colocaron sillas, mesas y un mueble tocadiscos de aquellos tiempos para escuchar discos de pasta de treinta y tres, cuarenta y cinco y setenta y ocho revoluciones por minuto. Los invitados comenzaron a llegar en parejas y, uno a uno, los hombres fueron colocando sus sombreros en un gran perchero dispuesto para tal fin. La fiesta transcurrió con normalidad: la cena, las felicitaciones a medianoche, el champán, las risas y los cánticos. Los fuegos artificiales lanzados desde todos los rincones de la ciudad marcaban el ritmo de la sociedad uruguaya de la época, formada por una amplia clase media, que había florecido tras la Segunda Guerra Mundial debido a la creciente demanda europea de materia prima de supervivencia.

En un momento dado de la fiesta, Sara, amante de la música clásica, se deslizó hacia el tocadiscos y puso «El amor brujo» —el *ballet* de Manuel de Falla—, impregnando de belleza la noche. Armándose de una sonrisa cautivadora, y con amable coquetería, pidió a todos los hombres presentes, incluido mi padre, que

le alcanzaran sus respectivos sombreros. Cuando quedaron en su poder, los situó en el suelo con exquisita delicadeza formando un círculo. A continuación, apagó las luces, aunque dejó una lámpara encendida a ras de suelo; se descalzó, se situó en el centro de dicho círculo, liberó al aire su salvaje cabellera rizada y, con la cabeza gacha, se concentró en escuchar la música del compositor español. Sonaron las escenas de *Introducción*, *En la cueva*, *Canción del amor dolido*, *El aparecido*, y *Danza del terror*. Sara, como una estatua griega, no movía un solo músculo y seguía escuchando a Falla con los ojos cerrados. Sonaron entonces *El círculo mágico* y *A medianoche*, hasta que surgió la *Danza ritual del fuego*. Como una marioneta encantada, comenzó a desprezarse dentro del círculo de sombreros con un lento contoneo de brazos y cintura al compás del sonido de los instrumentos de arco. La danza avanzaba *in crescendo* con la aparición del oboe, integrándose de forma dinámica con la entrada potente de los violines y de la orquesta entera. De improviso, el baile derivó en una danza catártica flameada por sus largos y rizados cabellos negros, que, por instantes, cubrían su rostro dándole un aspecto aún más dramático a la danza del amor herido. Yo era aún un niño, pero podía percibir en la sala la fascinación de los presentes, cautivados por la magia de una mujer con garbo gitano, que desplegaba en el aire sus brazos de cobra como una plegaria ancestral.

La *Danza ritual del fuego* llegaba a su fin. La tenue luz de la lámpara perfilaba con desgarradora gravedad el rostro transmutado de la bailadora, confabulada con la obra. Llegó el preámbulo final. Los instrumentos de la orquesta se sumaban al desenfreno de la música para empezar a sonar en comunión, marcando los tiempos con furia. En ese instante, mi madre, adaptando su ritmo a cada golpe musical, comenzó a saltar repetidas veces sobre cada uno de los sombreros dispuestos en círculo en el suelo, dejándolos más planos que el disco de pasta de treinta y tres revo-

luciones por minuto que giraba en el tocadiscos. De pronto, y coincidiendo con el final de la música, se derrumbó en el suelo de forma dramática.

No hubo aplausos. Un silencio sepulcral invadió al espacio enmudecido, como sucede con todas aquellas barbaridades que sacuden el alma. Sara se fue incorporando con parsimonia recuperando la respiración, a la vez que acicalaba su desordenada cabellera para renacer en un rostro liberado. Sin perder la compostura, volvió a tomar con extremada delicadeza los sombreros —ahora aplanados— para lanzarlos con solemnidad cual platillos volantes a sus propietarios, mi padre incluido. Los hombres, estupefactos, con los labios entreabiertos y las barbillas hasta el suelo, colocaron la preciada prenda sobre sus rodillas con humildad monacal. Desprovistos de palabra alguna, alternaban la mirada de mi madre al maltrecho sombrero, sin entender qué había ocurrido. El único que saltaba, aplaudía y reía, ajeno al orgullo varonil lacerado que rasgaba la atmósfera, era yo, tal vez porque asociaba el vuelo de los sombreros con los avioncitos de papel que fabricaba con mis amigos. De repente, una de las invitadas emitió una leve risita que intentó ocultar cubriéndose los labios con el abanico. Pese al recato, su disimulada risa encontró un eco sucesivo en sus vecinas, hasta que todas las mujeres estallaron al unísono en sonoras carcajadas y entusiastas aplausos.

Mientras tanto, mi padre y los demás hombres, achispados por el champán del Año Nuevo y por el zarpazo inesperado de mi madre, continuaban sentados sin reaccionar ni cambiar de postura. Casi en estado catatónico, se miraban unos a otros sintiéndose compañeros de infortunio, y despertando entre sí ese inconsciente hipnótico que se queda perplejo ante disparates que no están contemplados en la realidad cotidiana. Miraban una y otra vez su maltrecho orgullo aplanado, todavía sobre su regazo, y observaban de reojo a Sara —a la que sus respectivas esposas aún

festejaban—, albergando la esperanza de que lo sucedido hubiese sido un mal sueño.

Sara Fadol, sonriente, hizo una refinada reverencia a su público, me cogió de la mano y me llevó corriendo hasta la cocina. Allí nos sentamos en el suelo y, reprimiendo unas risas picarescas —para mí inocentes—, comimos juntos dulce de leche con una cuchara de madera.

Hotel Triglav

Montevideo, Uruguay, 1967

Si bien viví el primer tramo de mi niñez con una felicidad envidiable, gracias a la excelente relación que mantenían mis padres y a los valores que me inculcaron, al final de mi infancia tuve la desgracia de padecer la muerte de mi madre. A partir de ese instante arrastré una orfandad despiadada, que intenté esquivar buscando el consuelo espiritual de mi guitarra.

Paysandú, el lugar que me vio crecer y en el que vivía, era una pequeña ciudad —a orillas del bucólico río Uruguay— famosa por sus espectaculares atardeceres, sus gentes amables y su tranquilidad provinciana. Pese a estas bondades lugareñas, cuando alcancé la mayoría de edad sentí que ya no tenía nada que perder. Poseedor de una angustiada y absoluta libertad, un mundo nuevo pugnaba por abrirse bajo mis pies, y los caminos lejanos se convirtieron, junto a mi guitarra y la utopía, en la promesa de una nueva familia.

Una tarde resolví irme. A punto de dejar anclada en el tiempo una niñez cercenada de raíz, no tenía perspectivas de destino. Pretendía cambiar la muerte por la incertidumbre salvaje de la vida y,

sin más pretensiones, caminar y caminar, como evocara una vieja canción folclórica de los Andes: «Me voy a los cerros, me voy... A ver si se apuna el dolor, subo, subo...».

Me fui ligero de equipaje, solo con mi guitarra y un bolsón, influenciado, tal vez, por los versos del gran cantautor uruguayo Alfredo Zitarrosa, que decía:

No eches en la maleta
lo que no vayas a usar,
son más largos los caminos
pa quien va *cargao* de más.

Amaneció con cientos de nubes ondulantes, como pañuelos al viento flameando una despedida silenciosa del querido terruño, y comencé a caminar hacia la carretera con la intención de hacer dedo o autostop rumbo a Montevideo. Era mi primera experiencia en esas lides, aunque, quizá por el aire de inocencia que desprendía, sumado a mi juventud y a la presencia siempre certera de una guitarra —indicadora de una sensibilidad diferente—, en tan solo diez minutos ya iba viajando en la cabina de un camión frigorífico, cuyo robusto conductor tomaba mate, fumaba, hablaba, tosía y conducía a la vez. Luego de haber viajado en sucesivos vehículos, incluyendo un breve trecho en un carro tirado por caballos, llegué a Montevideo al día siguiente de mi partida.

Para un provinciano como yo, la presencia de la gran urbe provocaba un sutil pero literal mareo. Una sensación de pequeñez infinita me enfrentaba al cosmos de semáforos, luces de neón, bocinas y ruidos que apenas conocía y no tenía registrados en la gama de sonidos cotidianos y somnolientos de los pueblos serenos del litoral uruguayo de entonces. Sorteando como pude semejante vértigo, me puse a buscar un hotelito con la habitación más sencilla posible que pudiese adaptarse a mi raquítico capital,

a la espera de que la música se convirtiera en mi sustento. Tras caminar durante horas y preguntar a los viandantes, encontré en la avenida 18 de Julio y Convención un viejo edificio que olía a glorias pasadas donde podía aún leerse: «Hotel Triglav». Allí me hice con una habitación más alta que larga, con una tenue luz procedente de una bombilla a una altura infinita, que imposibilitaba a todas luces —nunca mejor dicho— leer un libro, y cuya cama —único mueble del lugar —tenía una pata rota que le ocasionaba un desnivel. Logré encontrar el equilibrio acoplando a dicha pata el frasco de dulce de leche que traía en el bolsón, el cual ya me había comido durante el viaje hacia Montevideo. Pero la habitación ofrecía otro inconveniente preocupante que partía de una maraña de cables sueltos en la pared, junto a la cama, que, al menor roce, desconectaba la luz de la estancia. A pesar de aquella humilde morada y de la pérdida de la cuarta parte de mis ahorros que me supuso su pago diario, me sentía feliz sabiéndome independiente por vez primera, aunque consciente del límite de aquella libertad. Esta circunstancia me dio pie a escribir años después un pensamiento: «Lo más valioso de tu patrimonio viaja indisolublemente fusionado contigo».

Esa noche cogí mi guitarra y partí hacia los barrios bajos de la ciudad vieja de Montevideo. Llegué a la zona del puerto, donde pululan las prostitutas, los delincuentes, los mafiosos y los contrabandistas, con el fin de encontrar algún club de alterne donde conseguir una actuación de supervivencia. A lo lejos, unas luces multicolores cargadas de nostalgias añejas se reflejaban en los charcos que había formado la tormenta de la tarde. Notaba una fina garúa que, como una sutil telaraña de gotas de seda desprendida en la noche, brillaba sobre mi chaqueta raída hasta llegar a provocarme escalofríos en los huesos. Mientras, la espectral neblina de aquel Montevideo de antaño desorientaba mi camino e insinuaba la presencia de Jack el Destripador en cada esquina.

Dirigí mis pasos hacia la dirección que proyectaba la sombra de un viejo farol de luz mortecina, que acentuaba la melancolía otoñal del sur, coherente con las letras nostálgicas de los tangos. Al fin alcancé a leer: «Boîte Altamar».

Me presenté al administrador del lugar, quien, al comprobar que mi estilo fluctuaba entre la música folclórica y la brasileña, me contrató *ipso facto* por una cantidad más o menos equivalente a lo que ganaba por día un lustrabotas callejero de aquellos tiempos. Un artista joven me precedía. Provenía del interior del país, al igual que yo, y se daba a conocer con el seudónimo el Sabalero. Con los años, José Carvajal —su verdadero nombre— fue uno de los grandes intérpretes de la música tradicional del Uruguay, atribuyéndosele composiciones inolvidables que siguen seduciéndonos después de su muerte. Cantamos por separado, aunque, en la segunda entrada, unidos por ese vínculo de amistad temprana que otorga la juventud, interpretamos a dúo dos o tres temas folclóricos buscando dar más fuerza a nuestra actuación. El administrador estuvo tan satisfecho con nuestra intervención que nos invitó a actuar el próximo fin de semana. Yo acepté mostrando una falsa desidia, si bien, para mis adentros, vibraba de ilusión ante la posibilidad de sufragar mi precaria vida con la música.

A la mañana siguiente, después de un sueño reparador y equilibrado gracias al tarro de dulce de leche que hacía las veces de pata de cama, pagué mi habitación y salí rumbo a una panadería cuya dependienta me sonreía cada vez que pasaba con la guitarra. Entablé conversación con la chica y, tras ponerla al tanto de mi situación económica, le pregunté sobre el destino de los trozos de galletas deshechas que podían verse desde el escaparate de la calle. Al decirme que no servían para la venta le insinué si podía llevármelas, a lo cual accedió risueña. Portando un gran paquete de galletas quebradas bajo el brazo, fui a comprar una botella de